

### 9. *El zángano*

El zángano<sup>25</sup> que se cría entre las abejas por el día se oculta en los panales, pero por la noche, cuando observa que duermen las abejas, ataca sus logros y echa a perder la colmena. Las abejas, al percatarse de lo ocurrido, la inmensa mayoría de ellas se echan a dormir por lo cansadas que están, pero unas pocas se quedan al acecho. Luego, cuando cogen al ladrón, lo zurrán un poco, lo expulsan y lo mandan a paseo, haciendo de él un desterrado. Pero el zángano ni aun así aprende, porque ha nacido holgazán y comilón, ¡dos auténticas desgracias<sup>26</sup>! Pues bien, se oculta fuera de los panales y, luego, cuando las abejas salen a libar, él, forzando la entrada, hace de las suyas, atracándose de comida, y estropea el dulce tesoro de las abejas. Y, al regresar ellas de libar, cuando lo encuentran, entonces ya no lo zurrán un poco ni tampoco sólo lo suficiente para devolverlo al destierro, sino que, cayendo sobre él con toda violencia, lo dejan hecho polvo. Y paga con su vida el pecado de la glotonería y voracidad, sufriendo ese castigo no susceptible de reproche alguno. Esto es lo que cuentan los colmeneros, y yo les creo.

### 10. *Las abejas y sus ocupaciones*

También entre las abejas hay algunas holgazanas, pero no se parecen a los zánganos en su comportamiento, pues no estropean los panales ni tampoco conspiran contra la miel,

<sup>25</sup> Cuyo nombre en griego significa *el embotado, el estúpido*.

<sup>26</sup> Estas ideas se engarzan con la tradición popular que reflejan Hesíodo y Semónides de Amorgos, quienes, en sus invectivas contra la mujer, le echan en cara a menudo los defectos de la vagancia y de la glotonería. Tendremos ocasión más veces de encontrar en Eliano ecos de tradiciones populares que aparecen ya en Semónides, de finales del siglo VII a. C., y en Hesíodo, siglo VIII a. C.

sino que se alimentan de las flores, también ellas volando y viviendo unidas a las demás. Y si son torpes para la elaboración y acarreo de la miel, por lo menos no están inactivas del todo, pues unas acarrear agua<sup>27</sup> a la reina y también a las abejas mayores, que son precisamente las que asisten a la reina y que fueron seleccionadas para escolta de ella<sup>27</sup>, y otras tienen esta noble tarea: sacan fuera de la colmena a las abejas que se mueren, pues sus panales deben estar limpios, y no soportan una abeja muerta allí dentro. Otras, en fin, montan guardia por la noche, como si ellas guardaran una ciudad pequeña que está constituida por la construcción de los panales.

### 11. *Las abejas. Su edad*

Se puede determinar la edad de las abejas de la manera siguiente: las que no han cumplido un año son brillantes y tienen la superficie de su cuerpo parecido al verde oliva. Las mayores se hacen ásperas a la vista y al tacto, y se les ve arrugadas por sus muchos años, pero éstas son expertas y más hábiles, porque el tiempo les ha enseñado<sup>28</sup> la ciencia concerniente a la miel. Tienen también el arte de la adivinación, hasta el punto de presentir la llegada de las lluvias y de las heladas<sup>29</sup>. Y cuando comprenden que va a ocurrir una de estas dos cosas o ambas a la vez, no emprenden el vuelo muy

<sup>27</sup> Que hay abejas encargadas de la misión específica de acarrear agua, y otras de montar guardia, es algo demostrado. Cf. al respecto R. Chauvin, *Las sociedades animales*, trad. esp., Barcelona, 1965, pp. 27, 29 y 139.

<sup>28</sup> Un principio de la filosofía estoica, seguida en líneas generales por Eliano, consiste en afirmar que la Naturaleza infunde en los animales ya al nacer las aptitudes y conocimientos suficientes para cumplir sus fines. Sin embargo, en el punto que comentamos Eliano acepta otros criterios y sostiene que los seres todos de la Naturaleza, incluidos los animales, aprenden con el paso de los años. Pues bien, esto es lo que sostiene Epicuro, *Carta a Heródoto*, 75, donde dice: «Pasando a otra cosa, hay que asumir ciertamente también la idea de que la Naturaleza es enseñada y obligada a cosas y de todo tipo a impulso de los propios acontecimientos». Y, efectivamente, en lo que a las abejas respecta, R. Chauvin, *Las sociedades animales*, p. 45, indica que no todo en ellas es heredado, sino que aprenden cosas. Más aún: hay escuelas totalmente su comportamiento a lo largo de su desarrollo. Cf. al respecto Eibl-Eibesfeldt, *op. cit.*, p. 11.

<sup>29</sup> También Teofrasto, *De signis tempest.*, 54, cuenta que las cigarras predicen la llegada de un año malo.

lejos, sino que revolotean en torno a las colmenas, y dan la impresión de que están rondando la puerta. Y los colmeneros, augurando justamente por estos indicios la inminente llegada del mal tiempo, se lo advierten a los labradores. Pero resulta que las abejas temen no tanto las heladas como la lluvia intensa y las nevadas. Vuelan muchas veces contra el viento y llevan en sus patas una piedra diminuta, de un tamaño tal que les resulte llevadera según vuelan, y se inventan, en cierto modo, este tipo de anclas, entre otros fines, contra la acometida de los vientos, pero, sobre todo, para que el aire no las desvíe de su ruta.

## 12. *El mújol (oxirrinco). Sus deliquios amorosos*

También muchas especies de peces conocen la fuerza del amor, ese dios tan grande que no mira con indiferencia ni desprecia siquiera a las criaturas que viven en los fondos y en las profundidades de los mares<sup>30</sup>. Por ejemplo, rinde culto a este dios el pez mújol, pero no cualquier mújol, sino única y exclusivamente aquél al que los que conocen las diferentes especies de peces le han dado un nombre que le viene de su hocico puntiagudo<sup>31</sup>. Según tengo oído, por la zona del golfo de Acaya se pescan grandes cantidades de ellos. Hay diferentes modos de capturarlos, pero la siguiente ma-

<sup>30</sup> Eliano, al referirse a estos hechos, utiliza un tema manido, un *topos* tradicional. Quienes mejor han elaborado y cantado este asunto han sido Sófocles, *Antígona*, líneas 781-790, y Lucrecio, *De rerum natura*, I, 1-20. Merecen citarse las palabras del primero, según la versión de J. Vara, *Sófocles. Tragedias y fragmentos*, Salamanca, 1984, p. 99:

«Amor, invencible en combate,  
Amor, que en los ganados irrumpes,  
que en las tiernas mejillas  
de la nenita pernoctas,  
y te lanzas sobre el ponto y entre  
las campesinas majadas.  
Tampoco escapable a ti es  
ni entre los dioses ninguno ni  
entre los efímeros mortales,  
y el que te coge enloquece».

<sup>31</sup> Según Regañón, *op. cit.*, tomo I, p. 77, nota 7, «debe de tratarse del mormiro (*Mormyrus caschive*), que Eliano confunde con una especie de mújol, confusión explicable porque su exterior es parecido y porque el medio en que buscan los dos su alimento es el mismo (el fango)». Plinio, *NH.*, 9, 59, cuenta los hechos al revés: según él, son las hembras quienes persiguen al macho.

nera de pescarlos es la que revela con más nitidez su alocada pasión por las relaciones sexuales. El pescador captura una hembra, la engancha a una caña larga o a una cuerda de esparto también larga y, caminando poco a poco por la playa, tira del pez que va nadando y saltando a su vera. Siguiendo sus pasos va un hombre con una red, y este personaje portador de la red vigila con sumo empeño lo que va a ocurrir, cómo y por dónde saltará. Pues bien, la hembra es arrastrada y todos los machos que la ven, como mozos libertinos a quienes se les van los ojos detrás de una jovencita muy guapa que pasa corriendo, se lanza a por ella picados de apetito sexual. Entonces, el que lleva la red la echa, y muchas veces se encuentra con un buen lote de peces que se acercan a causa del impulso de su pasión. En todo caso, la hembra que capture el primer pescador debe ser hermosa y bien entrada en carnes, para que sean más los machos que se lancen tras ella, picando así el anzuelo que les tiende su hermosura. Porque si es seca de carnes, la mayoría de ellos la desdeñan y pasan de largo. Pese a lo dicho, el mujol que no controla su pasión amorosa no se va, víctima, ¡voto a los dioses!, no de la hermosura de la hembra sino de las ganas de trato sexual.



58. *Los enemigos de las abejas*

Quienes tienen animadversión y hostilidad hacia las abejas podrían ser las siguientes criaturas: el llamado carbonero común<sup>133</sup> y sus crías, las avispas, las golondrinas, las serpientes, las arañas y las mariposas nocturnas. Las abejas les tienen pánico y, por eso, los colmeneros procuran apartar

---

<sup>133</sup> Es el *Parus major*. Según Aristóteles, *HA.*, 612 b 3, y 626 a 8, «pone muchos huevos y daña a las abejas».

de ellas a sus depredadores ahumándolos con coriza<sup>134</sup> y depositando o esparciendo delante de las colmenas una adormidera todavía verde. Estos son procedimientos para hacer frente a los animales mencionados. En cambio, una manera de coger a las avispas podría ser ésta: hay que colgar delante del avispero una nasa y meter en ella un pequeño *eperlano*<sup>135</sup> o un chanquete que sea poca cosa, y, con ellos, un *yopa*<sup>136</sup> o una sardina. Entonces las avispas, arrastradas por su innata glotonería, a la vez que el cebo las provoca, irrumpen en masa y, al atraparlas la nasa, ya no pueden volver a volar. También los lagartos y los cocodrilos de tierra<sup>137</sup> guardan animadversión a las abejas. Pero se ha ideado también contra éstos la manera de acabar con ellos, que es la siguiente: a saber, se moja harina en zumo de eléboro o se vierte en látex de lechetrezna o en jugo de malva y se esparce la harina delante de las colmenas. Pues bien, esto es lo que trae la perdición a los bichos antes citados nada más probar ese producto. El dueño de las abejas acaba sin dificultad alguna con los renacuajos si tira a la laguna hojas de verbascoco<sup>138</sup> o nueces. Con las polillas<sup>139</sup> se acaba de noche, puesta delante de las colmenas una lámpara potente y colocadas al amparo de la lámpara vasijas a rebosar de aceite. Entonces las polillas, al volar hacia la luz, caen en el aceite y perecen. De otra manera no es fácil cogerlas. Los carboneros, nada más que prueban pan empapado en vino, se tambalean hasta que se caen y, una vez en el suelo, experimentan convulsiones y son fáciles de coger, porque, aunque hacen todo lo posible por remontar el vuelo, no son capaces de levantarse siquiera. Los dueños de las colmenas no matan a la golondri-

<sup>134</sup> Es la *Inula viscosa*. Aristóteles, *HA*. 534 b 28, dice: «los pulpos se adhieren tan fuertemente a la roca que es imposible soltarlos de allí, sino que prefieren antes que eso ser privados de sus tentáculos, pero si se les ofrece coniza, se sueltan nada más que la huelen». Cf. asimismo Plinio, *NH*. XXI 70.

<sup>135</sup> Es el *Osmerus eperlanus*: pez clupeido con una boca provista de fuertes dientes.

<sup>136</sup> Sin identificar.

<sup>137</sup> Es el *Psammosaurus griseus*.

<sup>138</sup> Es el *Verbascum sinuatum*, según Regañón, *op. cit.*, tomo I, p. 105, nota 53, llamado también en español *acigutre*, *tientayernos* y *gordolobo*. Sus características son bien descritas por Plinio, *NH*. XXV 120-121, donde señala, además, que su raíz, bebida con ruda, es un antídoto contra la picadura de los escorpiones.

<sup>139</sup> Según los comentaristas, puede tratarse de la polilla de la cera (*Galleria cereana*), pirálido que se encuentra en los panales.

na<sup>140</sup> por respeto a su canto, aunque podrían hacerlo fácilmente. Se contentan con impedir a la golondrina que fije su nido cerca de las colmenas. Por otro lado, las abejas, por lo visto, detestan en igual medida los malos olores y los perfumes, no soportando los olores fétidos ni recibiendo alborozadas la blandenguería de los olores delicados, comportándose, sin duda, como muchachas, finas sí, pero sobre todo sensatas, que, si sienten asco de los malos olores, miran con indiferencia los refinados.

### 59. *Las abejas, sus colmenas y panales*

Según dicen, Ciro el Grande<sup>141</sup> estaba orgulloso del palacio de Persépolis, que se había hecho edificar bajo su personal supervisión, y Darío<sup>142</sup> lo estaba del lujo de las edificaciones de Susa, pues también él se hizo construir según sus propios planes en Susa aquellas célebres mansiones. Ciro el Joven<sup>143</sup> plantó personalmente su jardín de Lidia con las mismas reales manos, enfundado en aquellas lujosas túnicas y adornado con aquellas deliciosas y muy caras joyas, y de este su jardín presumía entre los griegos, pero, sobre todo, de manera especial, ante Lisandro el lacedemonio, cuando Lisandro acudió a Lidia a presentarse a Ciro. Los historiadores hacen encendidos elogios de estas obras, sin embargo, a las construcciones de las abejas, que son mucho más habilidosas y perfectas, a éstas, en cambio, no les prestan atención, por poca que sea. Digo esto porque aquellos personajes todo lo que hicieron lo hicieron haciendo sufrir a muchos operarios, en cambio, a juzgar por lo que se ve, no hay criatura más delicada que la abeja, como tampoco más habilidosa. En efecto, lo primero que construyen son

<sup>140</sup> Aristóteles, *HA.* 626 a 8 y ss., señala el mismo procedimiento que Eliano para apartar a las avispas de las colmenas, y alude, asimismo, a la mayoría de los enemigos de las abejas, coincidiendo esencialmente con Eliano o, mejor, al revés.

<sup>141</sup> Se trata de Ciro, fundador del Imperio persa entre 549 y 529 a. C. El palacio y la ciudad de Persépolis fueron reducidos a ceniza por Alejandro Magno.

<sup>142</sup> Se trata de Darío I el Grande, hijo de Histaspes, y rey de Persia entre 521 y 485 a. C.

<sup>143</sup> Se trata de Ciro, hijo de Darío II, quien ayudó entre 430 y 401 a. C. a Lisandro, almirante espartano, con grandes sumas de dinero, lo que contribuyó de manera decisiva a la victoria final de Esparta en la guerra del Peloponeso, que enfrentó a Atenas y Esparta.

las alcobas de sus reinas, alcobas que tienen gran amplitud y están situadas más arriba que las demás. Y hasta las cercan con una barrera, destinada, al parecer, a servir de muralla o valla, encareciendo también por este procedimiento la majestuosidad de la cámara real. Las abejas se dividen en tres categorías, y, claro, otro tanto hacen con sus habitaciones. En efecto, las más viejas<sup>144</sup> ocupan habitaciones vecinas del aposento real, y las más jóvenes habitan a continuación de aquéllas, y las que están en plena juventud y madurez más hacia afuera que las anteriores, como si las más ancianas hubieran de ser guardianas de las reinas, y las jóvenes defensa de las más jovencitas<sup>145</sup>.

#### 60. *La reina de las abejas*

Hay una leyenda que dice que las reinas de las abejas carecen de aguijón, pero otra leyenda distinta dice que les vienen de nacimiento unos aguijones muy fuertes y afilados a machamartillo, pero que no los utilizan nunca contra el hombre ni contra las abejas, sino que están concebidos simplemente para infundir miedo, porque, según dice esta leyenda, no es justo que el jefe y vigilante de tantos súbditos haga daño a nadie. Y los entendidos en estas cuestiones convienen también en afirmar que las restantes abejas, en presencia de sus jefes, abaten sus aguijones, como si renunciaran a su poder y se lo concedieran a aquéllos. En todo caso, uno quedaría impresionado de cualquiera de las dos prerrogativas que asisten a las reinas: pues si no tienen con qué ofender, eso es magnífico, y, si no ofenden, aun pudiendo ofender, eso sí que es todavía mucho más notable.

<sup>144</sup> He aquí la traducción que de este pasaje hasta su final da Regañón, *op. cit.*, tomo I, p. 107: «Las más viejas habitan cerca de la cámara real, otras más jóvenes habitan cerca de ellas, mientras que las que, siendo jóvenes, están en la primera etapa de la vida habitan a continuación de las anteriores. De esta manera las más viejas constituyen la guardia real y las jovencitas sirven de protección a las nacidas las últimas».

<sup>145</sup> Como indica L. Bodson, *op. cit.*, pp. 21 y 22, la abeja, por su comportamiento y actividad productiva, se ha impuesto como modelo y estímulo de la reflexión y de la acción. Los autores griegos han alabado su pureza (por ej. Aristóteles, H.A. 535, b 1-3 y 596b 15-18), sus talentos de orden (por ej. Jenofonte, *Económico* 7, 17; 32-39). También ha sido tomada como guía de los que se consagran al estudio, por ej. Plutarco, *Quomodo adolescens*, 12 (*Moralia* 32 E-F), imagen tomada por los Padres de la Iglesia, y que así ha llegado a la actualidad. Mucho de esto está recogido en Aristóteles, *HA.* 627 a 19-28.

10. *Las abejas y su reina*

Las abejas corren tras su reina, que es delicada y mansa y está desprovista en alguna<sup>19</sup> medida de aguijón, cuando las abandona, y la persiguen por ser desertora del mando. La huelen sin explicarse uno cómo, y la cogen por el olor que la rodea, y la reponen en el trono por su propia voluntad y deseo, admirando su comportamiento. En cambio, los atenienses tuvieron que expulsar a Pisístrato, los siracusanos a Dionisio y otros pueblos a otros muchos por ser déspotas, transgresores de la ley e incapaces de evidenciar la auténtica profesión regia, que no es otra cosa sino amar a las personas de su reino y la defensa de sus súbditos<sup>20</sup>.

11. *Las abejas y su vida morigerada. Valentía de las abejas. Su principal arma: el aguijón. Sus enemigos*

Compete a la reina de las abejas que la colmena esté organizada, conforme al siguiente procedimiento: a unas les asigna el cometido de acarrear agua, a otras construir dentro de la colmena los panales de miel, y a la tercera sección salir en busca de comida. Sin embargo, más tarde permutan las labores siguiendo un turno rotatorio, determinado, por el método que sea, de la mejor manera posible. Por lo que toca a la reina en sí, bastante tiene ya con estar pendiente de esto y con regular todo lo que he mencionado ajustándose al proceder de los grandes gobernantes a los que los filósofos gustan denominar individuos capacitados para la política y oficio regio. En las demás cuestiones no se mete y está exenta del trabajo personal. Si para las abejas es mejor trasladarse a otro sitio, también la reina va con ellas: si es

<sup>19</sup> La frase implica (sobre todo por la presencia del limitativo  $\tau\iota$ ) que Eliano no está seguro de que la reina carezca por completo de aguijón. Con eso no hace sino reflejar la opinión de los científicos del momento quienes, según Plinio *NH.* XI 52-53, no están de acuerdo en afirmar si la reina carece por completo de aguijón o no. En todo caso, no lo utiliza, según afirma Plinio.  
<sup>20</sup> Plinio, *NH.* XI 51-54, refiere sustancialmente los mismos hechos que Eliano, pero el sentido que ambos le confieren a la narración es distinto: Plinio da una interpretación científica y Eliano moral.

## LIBRO V

todavía joven, ella guía y las demás la siguen, pero, si es vieja, es transportada y son las demás abejas las que la llevan. Las abejas a una señal convenida se entregan al sueño: en efecto, cuando les parece que es hora de acostarse, la reina manda a una abeja que dé la señal de ir a dormir, y ella le obedece y la hace pública, y entonces ellas, que hasta entonces emitían su característico zumbido, lo dejan y se retiran a sus alcobas. Pues bien, mientras sobrevive la reina, la colmena marcha bien: todo desorden brilla por su ausencia, los zánganos están amonados en sus celdas, las abejas viejas viven en sus habitaciones privadas, las jóvenes en las suyas y la reina sola en sus alcobas particulares, las larvas solas independientes de las demás, y la comida y el resultado de las evacuaciones se depositan aparte. Pero, una vez que la reina muere, todo está a rebosar de desorden y desgobierno, pues los zánganos procrean en las celdas de las abejas, y todas las demás cosas, embrolladas entre sí, no permiten a la colmena que marche bien ya. Y, al fin, perecen por falta de jefe. La abeja lleva una vida pura y jamás se alimenta de la carne de ningún ser vivo, y, para ello, no necesita lo más mínimo a un Pitágoras que se lo aconseje, sino que le basta que haya flores para su alimentación. Es también la cosa más extremada en punto a templanza, pues, por lo menos, tiene aborrecidos lujo y molicie. Prueba de ello es lo siguiente: a la persona que se ha perfumado la abeja lo persigue y rechaza como a un enemigo que ha causado males irreparables. Conoce también al que viene de unas relaciones lujuriosas, y lo persigue también a él como al peor enemigo. Andan también bien de valor y no ceden ante nadie. Así, por lo menos, no rehúyen ni a un solo ser vivo, ni tampoco ceden a la cobardía, sino que atacan a quien sea. Han firmado un pacto de buena vecindad y mantienen un comportamiento pacífico con las personas que no las molestan, que no son las primeras en ofenderlas y que no se acercan a la colmena para hacer una barrabasada o con malas intenciones, pero, en cambio, se enciende una guerra no declarada (para decirlo con la famosa expresión) contra los que las molestan, y todo aquel que va a robarles la miel, ése entra en la lista de sus enemigos. Hieren también de mala manera a las avispas. Cuenta Aristóteles<sup>21</sup> que las abejas encontraron una vez jun-

<sup>21</sup> HA. 626 a 21. Pero Aristóteles sólo alude a un caballo, sin jinete alguno.

to a la colmena a un jinete y que lo atacaron con toda su fuerza y lo mataron con caballo y todo. De todas formas no es la primera vez que ha habido sus diferencias entre ellas, pero siempre las más potentes se imponen a las más débiles, pero, según mis informaciones, las vencen a ellas los sapos, las ranas de las charcas, los abejarucos y las golondrinas, y muchas veces las mismas avispa. Pero cualquiera de estos animales que logra vencer a las abejas, obtiene, para decirlo de esta manera, una victoria cadmea<sup>22</sup>, pues el vencedor, con los golpes recibidos y atacado por los aguijones de las abejas, marcha de la manera más calamitosa, pues están provistas del arma de una furia no inferior a su aguijón.

No carecen tampoco de una sabiduría que las lleva a ser previsoras, y Aristóteles<sup>23</sup> confirma lo que digo. Se trata de lo siguiente: unas abejas que fueron a una colmena no de su propiedad sino ajena se disponían a robar la miel que no les pertenecía. Las otras, pese a ser despojadas del fruto de sus afanes, se aguantaban y estaban quietas sin moverse, si bien es verdad que estaban intensamente pendientes del desenlace. Y cuando el apicultor logró matar a la mayoría de las abejas enemigas, las de dentro que comprendieron que, al parecer, podían medirse con los enemigos en un combate equilibrado de fuerzas, salieron fuera y se aprestaron al ataque, y les exigieron unas duras responsabilidades, en modo alguno censurables, por el saqueo de que habían sido víctimas<sup>24</sup>.

## 12. Laboriosidad de las abejas

También lo siguiente es prueba de la laboriosidad de las abejas. Es ésta: en los lugares de clima más invernal, desde la puesta de las Pléyades hasta el equinoccio de primavera, permanecen las abejas encerradas en el interior de la colmena y sin rebullir, añorando el calor y escapando del frío. En

<sup>22</sup> *Victoria cadmea* es una frase griega equivalente a la romana *victoria pirrica*. El origen concreto de la expresión griega puede surgir, como señala Scholfield, *op. cit.* tomo I, pp. 302-303, nota b, por una de estas dos vías: Cadmo mató a un dragón de cuyos dientes nacieron hombres armados que, en vez de atacar a Cadmo, se atacaron entre sí, de suerte que el vencedor de uno fue, a su vez, víctima de otros, y así todos. El otro caso que pudo dar origen a la expresión fue: en Tebas Eteocles venció a su hermano Polinices pero a costa de su propia vida.

<sup>23</sup> *HA.* 626 b 12.

<sup>24</sup> El contenido de este largo capítulo aparece sustancialmente idéntico en Aristóteles, *HA.* 623 b 3-627 b 22, y en Plinio, *NH.* XI 11-70.

cambio, durante todo el tiempo del resto del año detestan la inactividad y la ociosidad, pues están excelentemente dotadas para el esfuerzo. Jamás se verá vagar a una abeja fuera de la estación aquélla en que sus miembros están entumecidos<sup>25</sup>.

### 13. *Cualidades de las abejas*

Las abejas dan lecciones de geometría, tanto por la belleza de sus figuras como por sus soberbias construcciones, y eso, sin necesidad de título ni de reglas ni del llamado por los técnicos compás. Cuando aumenta la prole y la colmena está a reventar de abejas, envían colonias, exactamente igual que las ciudades más grandes y más populosas. Por lo visto, la abeja conoce también la llegada de la próxima lluvia y del viento que arreciará fuerte. Y, por si le surge, sin esperarlo, un contratiempo, se verá que cada abeja lleva en la extremidad de las patas una piedra para que les sirva de lastre<sup>26</sup>. Y justo lo que el divino Platón<sup>27</sup> dice, en relación con las cigarras, de su afición por el canto y la música, eso se puede decir del coro de las abejas: a saber, cuando las abejas tiran las patas por alto y hacen novillos, los colmeneros producen un sonsonete sonoro y rítmico. Y ellas son atraídas como por el canto de una sirena y vuelven de nuevo a sus asentamientos propios<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> Cf. Aristóteles, *Mir.* 835 a 22 y Plinio, *NH.* XI 13.

<sup>26</sup> Lo mismo dice Aristóteles, *HA.* 626 b 24, y Plutarco, *De sollertia animalium*, 967 B.

<sup>27</sup> *Fedro* 230 c, 259 a.

<sup>28</sup> Que las abejas se comportan así, lo afirma el propio Aristóteles, *HA.* 627 a 16, añadiendo dos detalles oportunos: que el sonsonete lo hacen con conchas o piedrecillas, y que no está claro si las abejas actúan por el placer que les produce el sonsonete (caso de oírlo) o si por el miedo. En cambio, Plinio, *NH.* XXX 148, conoce otro procedimiento de hacer volver a las abejas a la colmena, consistente en echarles polvo pisado por serpientes.